



ENTREGA DE LA MEDALLA DE ORO DE LA CIUDAD DE MADRID

Madrid, 15 de mayo de 2011

Recibo con profunda gratitud esta medalla de oro de la ciudad de Madrid como ex presidente del Gobierno de España.

Un presidente del Gobierno, residente en Moncloa, se vuelve madrileño de oficio. Yo, además, lo soy de nacimiento. Y desde esta doble condición, la primera transitoria, la segunda vitalicia, he visto desplegarse a ese Madrid que ha sabido estar a la altura de su tiempo.

Al agradecer la generosidad y honor que se me hace, quiero expresar mi reconocimiento también, en primer lugar a su Majestad el Rey a quien quiero reiterar el testimonio de mi lealtad.

A Leopoldo Calvo-Sotelo que desgraciadamente no está entre nosotros.

A Adolfo Suárez que no puede estar entre nosotros y a quien quiero enviar un mensaje de muy sincero afecto, amistad y respeto.

Y por supuesto, quiero expresar mi más sincera felicitación al presidente Felipe González cuyos méritos también son reconocidos en este acto.

Es cierto que algunos preferirían que Madrid continuara encerrado en los viejos tópicos: la caricatura arnichesca, la indolencia centralista, el mentidero y la tertulia banal.

La realidad es que Madrid hace honor a su título de capital de España ensanchándose como espacio de encuentro y convivencia de identidades y culturas; como motor de solidaridad, progreso e iniciativa; como propuesta de integración cívica a partir de la diversidad que en buena medida define ya el ser de la ciudad.

Madrid, este Madrid que hoy nos distingue es, más que nunca, territorio abierto a todos los españoles sin excepción ni reproche. Y decir esto no es otra cosa que afirmar que Madrid es una gran ciudad española y europea.

El Ayuntamiento de Madrid estima que concurre en mí algún mérito por mi trabajo a favor de la democracia española.

Y puesto que ésa es la razón de este acto, permítanme dedicar apenas unas palabras a decir algunas cosas sobre la democracia que me parecen esenciales.

Estoy orgulloso de haber sido presidente del Gobierno y de haber podido servir a la democracia desde esa responsabilidad, pero el servicio a la democracia no es mayor cuando se es presidente del Gobierno que cuando simplemente se ejerce una ciudadanía activa, exigente y lúcida.

Porque una ciudadanía exigente es lo que nos permite recordar siempre que la democracia tiene tanto de habilitación como de límite al poder, y que si se pierden los límites se pierde la democracia. Límites objetivos, fijos, infranqueables e indisponibles. Límites verdaderos, límites ciertos. Límites que no se pueden traspasar. Límites para todos y límites siempre.

Democracia es poder pero es también no poder. Democracia es compromiso de hacer pero es también compromiso de no hacer. De esos dos compromisos –de los dos– dependen la libertad y el progreso de las sociedades. A los dos traté de servir siempre como presidente del Gobierno y a los dos trato de servir también hoy.

Goethe afirmó: “Lo que heredaste de tus padres, conquítalo para poseerlo”. Permítanme que al recibir esta medalla formule un deseo para España: el deseo de que los españoles sigamos poseyendo de modo efectivo la democracia y la libertad que hemos conquistado y que hoy celebramos en este acto de manera solemne. El deseo de que no dejemos nunca que la democracia y la libertad se conviertan en un arcaísmo vacío, el deseo de que reafirmemos y conservemos la plena posesión de lo que es nuestro, de lo que nos pertenece por derecho propio.

A veces, nuestra sociedad ha sido reiteradamente incitada al desaliento y al desistimiento. Hemos sufrido diversas técnicas de degradación de lo común. Circulan entre nosotros numerosas variedades de lo falso, e incluso puede parecer que circulan con éxito. Sin embargo, estoy seguro de que no prevalecerán. Porque pese a todo encubrimiento, la realidad no desiste, y la verdad tampoco puede hacerlo. Ese debe ser nuestro compromiso como demócratas, mantener la verdad como fundamento de nuestra libertad y de sus límites.

La democracia consiste en elegir cuál va a ser el desenlace de nuestra historia. Hace treinta años elegimos, y elegimos bien. Elegimos la competición pacífica sobre la exclusión, elegimos la ciudadanía y la soberanía nacional sobre la desigualdad y el privilegio. Elegimos, en suma, la democracia y el Estado de Derecho. Debemos renovar esa elección como nación y debemos hacerlo con claridad. No se trata de evocar o de admirar la democracia sino de ejercerla, de que sea verdad aquí y ahora como derecho de toda la nación española a elegir el desenlace de su historia y a que se respete su elección.

No hay democracia sin nación. Hay democracia española porque hay nación española, y cuando se celebra la una se celebra la otra.

Queridos amigos, concluyo ya. Julián Marías afirmaba que es grave que la democracia no exista en muchos lugares del mundo, pero que aún es más grave no darse cuenta de ello. Este acto es un homenaje que el pueblo de Madrid rinde a la democracia, y Madrid es un pueblo abierto y acogedor para todos. Me gustaría que, aunque sólo sea de modo simbólico, aquí, en el corazón de Madrid y en el día de su fiesta, se hicieran presentes entre nosotros todos aquellos que padecen la opresión y la tiranía en cualquier lugar del mundo, en especial en aquellos en los que la democracia se defiende y se conquista en español. Para que también ellos puedan poseer muy pronto la libertad que se les niega.